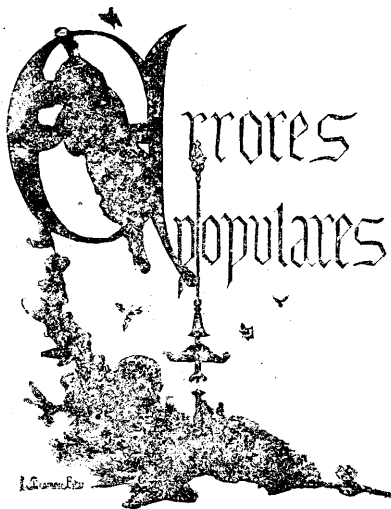


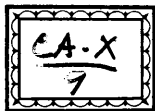
Eladio G. Jove.



OVIEDO: 1891.

VENTA DE E. URÍA

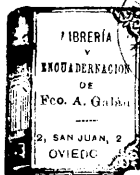
Plaza del Progreso, 4.





ELADIO G. JOVE.

ERRORES
POPULARES.



OVIEDO: 1891.

IMPRESA DE E. URÍA

Plaza del Progreso, 4.

R. 1076'

24 DIC. 1945

À MI MADRE Y À MI ESPOSA.

Si algo hay en mi perenne y que pueda tener eternidad en mi alma, es el acendrado amor que os profeso y que vive en el fondo de mi conciencia, como supremo don de los ciclos que santifica mi pensamiento y engrandece y anima mi existencia.

¡Todo podrá morir! pero en lo íntimo de mi ser habrá siempre un recuerdo cariñoso para mi madre querida y para la madre de mis hijos, toda mi dicha y toda mi esperanza.

Por eso os dedico estas páginas, escritas especialmente para las madres; sois los que después de dar vida al hombre, inun-

dais de mágicos resplandores su imaginación y de sólidas creencias su alma.

Escritas en momentos de ocio en el despacho que mis hijos toman de continuo por asalto para hacer de mis libros sus juguetes y de mis cuartillas sus palomas, no pueden tener otro mèrito que el de encerrar un buen deseo de

FLADIO.

Pola de Laviana, Agosto, de 1891.

Carta-prólogo.

Sr. D. E'adio García Jove.

MI QUERIDO AMIGO: No sé cómo se te ha ocurrido que yo pudiese escribir un prólogo á tus *Errores populares*.

Nunca fuí dado á los estudios de Medicina, ni de su teoría sé apenas otra cosa que aquellos dísticos de la escuela Salernitana:

Stercus et urina
sunt medici prandia prima,
que me inspiraron repugnancia á esa carrera, cuando llegó el momento de que yo eligiese una; y aquel otro

Puer, surge mane
si vis vivere sane
que muchas veces he recordado en la cama, repitiéndolo mentalmente durante algunas horas en las mañanas frías de in-

vierno, sin que la rima de *mane* con *sane* llegase á convencerme de la verdad del proverbio.

Poco más sé de la Medicina práctica; pero algo sí, por experiencia propia, desgraciadamente. Sé que la dispepsia se cura con las ostras bastante mejor que con la magnesia efervescente de la botica, y que el café es el mejor de los tónicos; uno y otro *preparado* obtenidos espontáneamente en el gran laboratorio de la naturaleza, y ambos medicamentos tan cabales, que ejercen sus virtudes no sólo sobre el organismo corporal, sino también sobre el espíritu íntimamente ligados en el hombre, objeto de vuestros estudios; verdad consagrada como el *summum* de las aspiraciones de la ciencia, por aquel aforismo inspirado en el principio de armonía psicofisiológica de los griegos: "*mens sana in corpore sano*."

Las ostras me alivian la gastralgia, elimino de ellas el yodo y el fósforo que contienen, y además me curan de la nostalgia y del *sp'een*: el aroma salitroso de su caldo anima mi decaído espíritu, y entre las valvas del marisco paréceme que se encierran las playas de nuestra costa y el acre olor de las brisas del Cantábrico

que ensanchan el pulmon y llenan de placidez el alma.

El café *si no es materia que piensa, es materia que hace pensar*; tiene eficacia *subjetiva* como dice un amigo mio, al contrario de la cerveza que la tiene *objetiva* porque enturbia el espíritu é inclina al hombre á esteriorizarse; y el moka aviva la llama del pensamiento y hace que veamos mas claro en nuestro interior.

Pero dejando ya esta digresion, no del todo fuera del asunto, pues al fin y al cabo tú tambien practicas esta verdad, toda vez que con tu libro te propones curar el raquitismo del alma del pueblo originado por sus preocupaciones, estirpándolo de ella para que el cuerpo social se regenere; dejando á un lado esta digresion, vuelvo á mi tema, y no acierto á esplicarme por qué has acudido á mí en demanda de un prefacio para tu obra, cuando mi reconocida ignorancia me excusa de complacerte, y me acusaria ante los lectores si yo tuviese la osadía de tal debilidad.

¿Qué sé yo de esos *Errores populares*?

Como no sea porque te consta que conozco la firma auténtica del diablo en el pacto que hizo con el famoso Urbano Grandier, conservado en los archivos de Poi-

tiers; y por el cual le asegura la salud durante veinte años el gran Doctor Lucifer que, como sabes, ejerció la medicina con singular éxito durante la Edad Media, y al presente paréceme que hace tambien de las suyas, si bien ocultando ya su pata de cabra con holgado pantalon y elegante botin, segun asegura Enrique Heine haberlo concido, no sé si en una Embajada, discreteando con las damas galantemente y departiendo de artes y ciencia con los caballeros.

A no ser porque sabes que anduve bastante tiempo en pesquisa de ensalmos y fórmulas mágicas con el propósito, que espero realizar, de escribir la historia de los mitos y creencias supersticiosas conservados en la tradicion vulgar de la region cantábrica... Pero en este caso, amigo, tus intentos se oponen á los mios, y habré de mirar los tuyos con recelo; puesto que si lograses en todo ó en parte, desarraigar esas viciosas prácticas y estúpidas rutinas de que nos hablas, cegarias para mi la fuente viva de la tradición donde he de beber esos elementos poéticos de frescura y vigor inapreciables, donde he de recoger antecedentes y textos para mi estudio histórico-etnográfico.

No temo, sin embargo, á pesar de la galana forma en que envuelves tus útiles enseñanzas, que dejes esquilnado el campo donde yo he de cosechar.

En la sociedad, como en los terrenos, hay capas superpuestas formadas en épocas distintas; y así no nos extraña ver viviendo en pleno siglo xix costumbres, creencias, ritos y aun trajes de las edades pasadas. Lo que juzgando de ligero pudiera parecernos un caso de atavismo, es mas bien una parálisis de la vida moral; pueblos, y aun familias solamente, petrificados, en los que no ha podido penetrar la nueva sávia de la civilización moderna por falta de organismos conductores de ella. A lo más crecen por yuxtaposición como los minerales, y á lo anti-guo suman lo nuevo. Unicamente una gran catástrofe social que conmueva hasta en sus cimientos más sólidos los pueblos, llegaría á arrancar de ellos esos vestigios del pasado. El Cristianismo fué la revolución social más grande conocida en la historia, y en vano hizo esfuerzos por borrar de la memoria de las gentes todas las prácticas del paganismo; tuvo que contentarse con cristianizar muchas de ellas.

No por eso creo que tu libro ha de ser inútil; su fin es civilizador, y si redime de la ignorancia congénita á una sola familia, ya cumplió su designio, y tu satisfacción será legítima.

Para mis aficiones, quisiera que tu obra tuviese más carácter crítico é histórico, en vez de ser puramente narrativa; y sobre todo, no me parece bien ese desdén supremo con que tratas á los *errores populares*, como si ellos no hubiesen sido los antecedentes más ó menos ciertos de la ciencia médica, ciencia experimental en alto grado, y que por lo mismo tuvo que formarse rectificando errores, y cerniendo de entre la escoria el oro puro de la verdad.

No hay error que no haya dicho un filósofo, ni heregia que no haya sido sustentada por un teólogo. El *Oportet hæreses esse* de San Pablo, encierra una verdad incontrastable. De las fórmulas mágicas y de los signos cabalísticos de los alquimistas se derivó depurada la química moderna.

Muchos de esos que tu juzgas groseros errores, mi querido amigo, encierran grandes enseñanzas de una ciencia en embrion; son los crepúsculos de la medicina en que todavía viven las ínfimas clases sociales, á donde no llegó aún la esplendorosa luz

del saber que ya os alumbra á vosotros las inteligencias elevadas; bien así como alsalir el sol raya primero en las altas cumbres, y lentamente baña despues las colinas y los cerros hasta que llega á los profundos valles de los cuales nunca consigue desterrar la sombra por completo.

Aquella arte mágica llamada *mega'antropogonesia* que enseñaba á tener hijos hermosos y con talento, por la influencia de la imaginacion de la madre sobre el feto, no es una tésis de la ciencia médica, pero sí una hipótesis que aquella no ha despreciado y que tiene confirmación en el relato bíblico de los corderos de Jacob, los cuales nacian blancos ó negros, segun eran blancas ò negras las varas puestas ante la vista de las ovejas preñadas.

La astrologia judiciaria, llegaba en sus conclusiones hasta la anulacion de la voluntad; pero ¿quién duda que los astros ejercen su influencia sobre el hombre, en su parte vejetativa, y por consecuencia, alguna tambien, aunque pequeña, en la moral dada la intimidad del compuesto humano? El insigne Monlau reconoce ese influjo en la proporcion debida, sin ceder á las exajeraciones de los astrólogos, pero

fijando su escrutadora mirada en sus des-
varíos.

El vulgo tiende á convertir la ciencia en supersticion: á ello le inducen sus aficiones por lo maravilloso y lo sobrenatural, achacando siempre lo desconocido á causas ciertas y conocidas, aunque sean inexplicables. ¡Cuántas veces pasó entre los d-monólogos por maleficio el furor uterino!

Ese mismo *Saludador* de que tu abominas, es la encarnacion de una idea que está muy en armonía con la naturaleza humana. La fé del enfermo en la superioridad del médico, ó en la virtud terapéutica del medicamento, predisponen y auxilian á la curacion: tal es el reconocido dominio y eficacia de nuestra imaginacion sobre el sistema nervioso y sobre todo nuestro organismo. Aquí vendria muy al caso hablar de la teoria de la sugestion; pero no estoy por alargar mi carta, que ya va siendo demasiado extensa.

Las circunstancias sobrenaturales que concurren en el nacimiento del *Saludador*, los signos exteriores de su predestinacion, y el hondo convencimiento en el vulgo de que aquella existe, preparan evidentemente los ánimos de los pacientes que

han de ser despues curados de dolores agudos con remedios tan *naturales* como la leche de mujer, calmante de excelencia reconocida, y la orina del recién nacido, astringente muy recomendable.

Bajo este punto de vista, ¿qué sois vosotros más que *saludadores*, con superiores conocimientos á los del vulgo, por supuesto?

Tambien os rodeais de todo el aparato y *cu'to externo* que pueda presentaros con mayor prestigio para ejercer cierta sugestión sobre el que busca ansioso la salud en vuestro saber.

El abusivo empleo del lenguaje técnico, que resulta jerigonza para los profanos, y el simulado mirar grave y reflexivo mientras temais el pulso, como si penetrárais hasta lo más íntimo de nuestro sèr y estuvièseis ya en posesion de la causa cierta de la falta de normalidad en nuestra vida, cuando realmente un mar de dudas os ciega la inteligencia, y acaso solo veis con los ojos de la carne los síntomas externos del mal, de igual modo que cualquier mortal pudiera verlos. ¡Cuánto no influye en la confianza que nos inspirais á veces el tradicional anillo con que adornais vuestra bienhechora mano los *Doctores* por autonomanía!

Los vívidos reflejos que irradia el brillante engastado en el aro del anillo, son como las titilaciones de la estrella de nuestra esperanza en la oscura noche del padecer; son algo así como el *quid divinum* del *Saludador*.

No te ofenda, amigo mío, este escepticismo mío en cuanto se refiere á la ciencia que practicas con tanta fortuna; yo sé que vosotros mismos, los médicos, como los augures, os sonreis maliciosamente cuando os encontrais uno con otro.

Termino, amigo Eladio, felicitándote muy de veras por tu obra, mas literaria que científica, aún á pesar tuyo.

Cuando leí los hermosos idilios *El Alicornio* y *El niño en la p'aya*, no pude menos de recordar en tí á aquel estudiante de medicina de la universidad vallisoletana, compañero mío de correrías y aventuras, que mostraba las primicias de su exuberante imaginacion en la prensa local. Desde entonces hasta ahora, tus aficiones al periodismo fueron constantes, y tu alma de poeta ha visto siempre lo ideal aún á través de la triste realidad de la anatomía y de la clínica.

Seguiste la carrera con aprovechamiento, envidiado por tus compañeros de estu-

dios; pero el corazon para tí siempre ha sido más que una víscera, aquella avecilla ideal de los poetas, y de la cual cantó Augusto Ferran:

*Tener preso el corazon
como un pájaro en su cárce',
porque si á escaparse llega
vo'ará hasta que se canse:
cuando de vo'ar se canse,
traerá caidas las a'as.....
¡El corazon vue'a siempre
en a'as de la esperanza!*

JUAN MENENDEZ PIDAL.

31 de Agosto de 1891.



EL ALICORNIO.

Tenia esa magestad de las estátuas griegas, y en su alma debían arder las pasiones de la infortunada Saffo.

Se llamaba Flora, montañesa, de veinte y cinco años, temperamento nervioso, buen estado aparente de salud, aunque abatimiento moral; su rostro, mezcla de luz y sombras; ojos en que resplandece la vida, y pálidas mejillas en que parece palpar la muerte.

Tal entró en mi despacho el 15 de mayo de 1883, y así me espuso los antecedentes de su enfermedad:

«A los veinte años yo amaba á un hombre, como creo debe amarse, con alma y corazón, con espíritu y materia; el hom-

bre de quien juzgaba ser correspondida me engañó, pues próxima á ser madre, fui abandonada por él.

¡Qué hermosa y robusta niña se alimentó poco despues á mis pechos!

Secó mis lágrimas, ahogó mis sollozos y me dió en cambio risas y suspiros, esperanzas é ilusiones.

Nada me faltaba; olvidé mi belleza, mis amores y mis coqueterias, por sus miradas, sus besos, sus risas y sus sueños: con mi hija, la hija de mi corazón, habia virtud en mi conciencia, fé en mis oraciones y esperanzas en mi alma. Pero..... una noche desperté con pavor: mi hija temblaba y se quedaba fria en mis brazos; encendí luz, y á sus débiles fulgores ví que aquel rostro de rosas palidecia; que sus ojos, negros como mi pena, se volvian blancos; que en sus lábios, donde siempre bullian besos, se rizaba una espuma que me parecia la risa de la muerte, y todo su cuerpo se agitaba en convulsos estremecimientos

Dí voces, acudieron mis vecinas, y aun exclamé:

—¡Que venga el médico!

Pero otra, mas anciana, repuso:

—Los médicos no entienden los males de los niños; esto debe ser *mal de ojo*; que

venga la tia Sinforosa y eche el *alicornio* en el agua.

—Bueno; que venga—dije yo en mi desesperacion.

Y poco despues apareció la tia Sinforosa.

Envuelto en cintas de diversos colores traia el *alicornio*: tenia éste la forma de un corazon lleno de dibujos; era de color bermejo y terminaba en su parte superior por un pequeño anillo de plata; le dejó caer en un vaso de agua, mientras pronunciaba unas palabras ininteligibles, y al momento unas cuantas burbujas subieron á la superficie del líquido; aquella era la prueba terminante de que la niña tenia *mal de ojo*.

Eutonces la dieron el agua del *alicornio*, y la Sinforosa preguntó si alguna persona habia mirado con mala intencion y sin decir *Dios te guarde*, pues viniendo aquella persona y diciendo dichas palabras podia salvarse.

En esto notaron que el *alicornio* se habia roto dentro del vaso, y era señal infalible de muerte.

¡Qué noche, Dios mio, qué noche! Cuando los primeros albores del dia, penetrando por la ventana de mi habitacion, cayeron sobre la cuna de la niña, como im-

palpables manecitas de ángeles que bajaran á despertarla, aun respiraba, y mis lábios en continuo aleteo de besos, hallaban todavía calor en sus mejillas.

Cuando era casi cadáver, llegó un médico, llamado por una caritativa vecina; era, como V., jóven, y con extrema amabilidad miró á la niña y la examinó atentamente, diciendo poco despues:

«Es una víctima de la ignorancia; con un baño caliente, ó á lo mas una enema y unas cucharaditas de jarabe, esta niña sonreiria ahora llena de vida; pero... ¡ya la están besando los ángeles! Mi niña acababa de espirar.»

Pasó mucho tiempo sin que pudiera darme cuenta de mi misma; ya nadie se dormia al arrullo de mis cantos, ni al aleteo de mis besos despertaba.

Hubo lágrimas de dolor, gritos de desesperacion, suspiros de desaliento, maldiciones sin conciencia y juramentos sin fé. Desde la cuna vacía rodé al mundo del fango: yo, madre, con mi hija, hubiera sido una mártir, una santa, algo ideal que hubiera iluminado aquella figura inolvidable; pero, sola en el mundo, recogida por la desesperacion, y despues de haber amado tanto, soy un poco de belleza animada por la tentacion; la última

llamarada de las pasiones que en mi pecho se extinguen; algo de lodo que pisa el honrado y recoge y aun besa el libertino; carne que, tal vez gangrenada, marcha al hospital.»

Unas lágrimas primero, un gesto de indiferencia mas tarde, una sonrisa amarguísima despues, y abandonó mi despacho.

En aquella mujer diagnosticué en seguida una falta completa de ilustracion y de principios morales; en fin, ignorancia.

Y el pronóstico me pareció grave, aunque tiene un tratamiento profiláctico eficaz; héle aquí.

Ilustrar á la mujer, darle sobre toda una buena educacion moral, dominar la imaginacion femenil, tan pronta al amor maternal que sublima como al beso que envilece ó á la supersticion que mata; en fin, recomendar la lectura de publicaciones dedicadas á la higiene y educacion de los niños y emplear todos los medios consagrados á este objeto.

Observaciones. Se ha escrito mucho sobre el *mal de ojo* y sobre su historia; hay quien cree viene su origen del paganismo, oriundo de Grecia, Roma y de Egipto.

Otros historiadores creen, y tal vez con mas fundamento, que procede del Norte,

siendo su origen gótico-germánico, exagerado mas tarde por el contacto con los árabes.

No voy, por lo tanto, á ocuparme de su historia, y sí tan solo, y en muy breves líneas, de lo que por él entienden en estas comarcas de Asturias, país de tantas leyendas como recuerdos históricos de tantas supersticiones como glorias.

Dicen que el niño tiene *mal de ojo* en todas las enfermedades originadas por mala lactancia ó perjudicial alimentación, cuyo término es la consuncion, ó en aquello que en plena salud, como á la niña de mi historia, atacan de pronto, sin notables prodromos, la eclampsia, convulsiones de la denticion, la tabes mesentérica, meningitis granulosa, etc., etc.; en fin, casi todas las enfermedades que en el niño se manifiestan por consuncion, abatimiento y tristeza.

Y casi todas ellas son tratadas por el agua del *alicornio*, hasta el punto de que en las aldeas mueren multitud de niños sin asistencia facultativa; en cambio, desde el nacimiento, cosen á sus vestidos y atan á sus brazos unas manecitas de azabache, *ciguas*, para preservarles del *mal de ojo*, y la primera expresion, al ver un niño, es la de Dios, ó San Antonio, le guarde.

Cuando por casualidad se rompe una de estas *ciguas*, es señal infalible de que en aquel instante acaba de recibir el niño el *mal de ojo*, atribuyéndose generalmente tan maléfica mirada á una mujer.

El relato de mi historiada es el de todas. Se que hay mujeres que poseen el *alicornio* y venden á real el vaso de este agua; de modo que en nuestras montañas, donde el crup es muy raro, el gran mónstruo es el *mal de ojo*, y lo es en realidad; pero mucho mejor le cuadraría el nombre de *gran Galeoto de la ignorancia*.



La paletilla en bajo.

Nunca olvidaré aquella simpática niña de quince abriles, que desde las puertas de la muerte me habló con tanta espontaneidad y galanura.

Estaba hermosísima.

Recostada en un modesto lecho de una humilde casa de estas montañas, tenía su linda cabecita apoyada sobre una finísima mano, cuyo demacrado brazo descansaba en blanca y tosca almohada.

Cuando yo entré en su habitación, acababa de sufrir un violento acceso de tos, y en sus pálidas mejillas había colores de Murillo y en sus húmedos ojos destellos angelicales.

Sus largos y negros cabellos caían aban-

donados sobre sus hombros y se perdian, en parte, por entre una blanca y recién planchada camisa, que se entreabria sobre su seno y la finísima piel de sus nacaradas carnes, en las que ya se iniciaban las primeras líneas de la juventud.

Acogió mi presencia con una dulzura infinita, y con voz algo ronca y estinguida, me dijo:

Esperaba á usted con impaciencia; toda la noche le he visto en sueños, aunque mi calenturienta imaginacion no le figuraba tan jóven; mi padre supo que habia llegado usted ayer con su carrera terminada é inmediatamente ya fué á molestarle para que viniese á verme; mi enfermedad tiene larga historia, tengo *la patetilla en bajo*, y de ahí se originan todos mis dolores, todo mi penar, no recuerdo haber padecido otras enfermedades que las propias de la infancia, y mis padres gozan de buena salud .. no se sonría usted, yo no se por qué no han de conocer ustedes esa enfermedad lo mismo que las demás.

Quiso un acceso de tos interrumpir la viveza de su voz y descansó breves instantes.

Ya repuesta, continuó:

Hace un año empecé á ponerme triste, tenia con frecuencia dolor de cabeza y de espaldas, mucho decaimiento de cuerpo, alguna debilidad en el estómago, y bastante opresion en el pecho; perdí el apetito y el sueño y de dia en dia palidecia notablemente..... ¡si viera V. qué ahogos y sensaciones de malestar oprimian todo mi ser!!

Yo recordaba, que una mañana muy fria y sintiéndome ya algo inquieta y calenturienta, habia ido á lavar ropa á la fuente inmediata y tuve toda la mañana los pies en el agua, pero así lo hacía muchas veces; no obstante, dice la tia Petra, que tanto entiende de males de mujeres, que debí hacer algun esfuerzo, pues jura y asegura tengo la paletilla en bajo.

Desde entonces he sufrido mucho, me frotaron con fuerza la boca del estómago, me oprimieron el pecho con una gran bizima, me tuvieron sujeta en cama mas de treinta dias y tomé muchos cocimientos; al principio parecia sentir algun alivio, pero despues se repitieron con mas intensidad la sofocacion y el malestar y aparecieron dolores en el costado y una tos muy seca al principio, pero hoy molesta, prolongada, fatigosa, terrible, que me ahoga...

Y de pronto se colorearon fuertemente sus mejillas y un violento, pertinaz y angustioso acceso de tos, interrumpió su voz y respiración.

Temí por un momento, que se muriese en aquel acto; pero otra vez, como si un destello celestial bañase su rostro, irguió su artística cabeza, me miró sonriendo y como si toda su vida se hubiese concentrado en aquellos ojos de querube y en aquellos lábios de mujer, exclamó con la esperanza suprema de su pensamiento en aquellos instantes:

— ¡Oh, si yo mejorara para el día de San Juan, iría á la verbena y bailarí con mi vestido azul que tiene un ancho terciopelo por abajo!!

Y se cubrió la cara con un pliegue de la sábana, despues de un encantador gesto, mezcla de inocencia de niña y coquetería de mujer.

— ¡Vaya si mejorarás! le dije yo, y tristemente impresionado salí de aquella estancia que olía á gloria y estaba habitada por la muerte.

Al oscurecer de aquel mismo día, teniendo su cabecita apoyada sobre la mano derecha, y pensando en lucir su vestido azul en la próxima verbena de San Juan, murió mi primera cliente, aquella

jóven llamada María, que visité al siguiente dia de mi llegada al pueblo natal con el título de médico en mi bolsillo y un mundo de ilusiones en la cabeza.

Despues hablé á aquellas gentes de tisis pulmonar, no lo creyeron. María había muerto por no habérsele levantado á tiempo *la paletilla* que tenia en bajo.

Observaciones. No solo los errores populares en medicina llevan á las buenas madres á la supersticion y á los niños á la tumba, si no tambien, gran número de veces, llevan la duda, la confusion y aun la muerte á la juventud, á los seres que se hallan en la época mas risueña de la vida, cuando las primeras y mas gratas ilusiones colorean su impresionable imaginacion.

Está muy generalizada en estos pueblos de la montaña, la creencia de caerse la paletilla.

¿Qué entiende el vulgo por tener la paletilla en bajo?

¿En qué época de la vida se presenta esa enfermedad?

¿Cuáles son sus síntomas y cómo la tratan?

La paletilla es la pubertad que asoma.

El desprenderse el velo misterioso que separa la niñez de la juventud; la hora

mas poética de la niña y el momento más sublime de la mujer; ese bello despertar del cielo de la inocencia al mundo de la ilusión y de los ensueños.

La pubertad que empieza con sus melancólicas soledades, sus secretos pensamientos, sus vagos deseos é inquietas tentaciones.

Ved una joven al atravesar ese período de la vida, generalmente de 15 á 16 años, sus rojos labios tiemblan como si quisieran pronunciar la primera palabra de amor, y sus pálidas mejillas se coloran cual si presintieran las caricias de futuros besos.

Es una nueva vida de deseos no satisfechos, de ilusiones ansiadas, de vehemencias é inquietudes, y si en muchas se muestra en este crítico momento de su vida, la belleza en todo su esplendor y las formas en toda su gallardía, otras palidecen, son presa de trastornos nerviosos, el histerismo amenaza á aquella naturaleza, sienten opresión de corazón, vértigos, vómitos, dolor epigástrico, abatimiento y tristeza.

He aquí el conjunto de síntomas por el que diagnostican la caída de la paletilla.
¿Cómo tratan esta enfermedad?

Empiezan por el amasamiento de la re-

gion epigástrica (boca del estómago) oprimen fuertemente la base del pecho, aplican al epigastrio un emplastro compuesto generalmente de pez vírgen, trementina y clara de huevo, y aconsejan la quietud y permanencia en cama durante algun tiempo, haciendo uso de indigestos cocimientos.

Esto es, todo lo contrario de lo que conviene.

Privan de la luz y el aire cuando mas necesitan los pulmones respirar y el corazon sentir; oprimen cuando la naturaleza se ahoga y quiere ensanche, amplitud para el desarrollo de líneas y la exhuberancia de formas, y hacen presion cuando la sangre desea circular con toda holgura y en plena libertad.

Consiguen, sí, por algunos dias colorear sus lábios y mejillas, porque dificultan la normalidad de la circulacion; pero en cambio, viene despues la anemia, ya iniciada, con sus rebeldes síntomas y mas tarde la tuberculosis, con su trágico desenlace.

Cuando aquella tosecilla, seca y corta en un principio, se prolonga en accesos y las primeras gotas de sangre manchan el pañuelo aplicado á la boca, es cuando consultan al médico, y gracias cuando en

este período renuncian á las comadres, pues en muchas ocasiones somos llamados cuando la tuberculosis se halla generalizada, los bacilos son dueños absolutos del tejido pulmonar y las primeras cavernas repercuten en nuestros oídos como plazas ya rendidas al numeroso enemigo bacilar y con muy pocas esperanzas de auxilios y refuerzos.

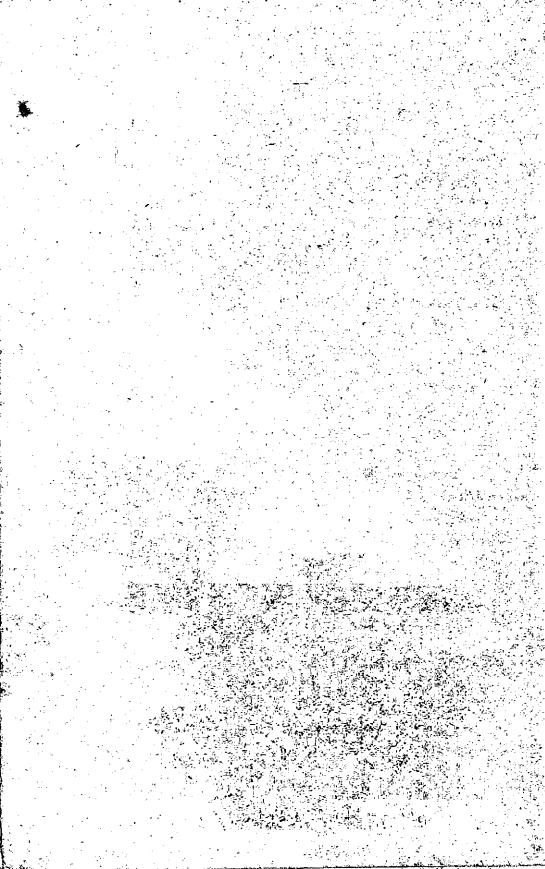
El que las *curiosas* aprovechen esta ocasión del especial estado de ánimo de las jóvenes para infiltrarles toda su ignorancia y hacer gala de sus torpes conocimientos, tiene explicación muy sencilla.

Cuando la joven se ve rodeada de misterio y dudas, á cualquiera confía sus culpas y malestar antes que al médico, y cree mucho mas seguros y acertados los consejos de cualquier comadre que los del facultativo.

Aquella ansiedad epigástrica aquel vacío que se siente en la boca del estómago, aquel decaimiento del cuerpo y espíritu, no tiene para el vulgo otra explicación mas racional que la de haberse desprendido alguna parte del estómago; hay quien cree que se atribuye esta enfermedad al descenso ó desviación del apéndice sífoides; pero no, la paletilla es un objeto ideal, una palabra que buscó el vulgo pa-

ra cubrir su ignorancia y que esplotan los curanderos y curiosas, mas que con un fin lucrativo, como mera vanidad de su misma falta de conocimientos.

Aire puro y ejercicio moderado, libertad de cuerpo y buena alimentacion, mucho aceite de hígado de bacalao y mucho hierro, ¡he aquí cómo se resuelven esos grandes problemas de la época mas floreciente de nuestra juventud.



Las lombrices.

No extrañéis este epígrafe; es un error funestísimo la creencia en las lombrices, tal como creen algunas madres, tan funesto, que tal cual ellas las tratan, mueren muchos niños por no tenerlas; hasta ese punto se abusa de los antihelmínticos; no mata la lombriz, muere el niño por un error; ¡el niño! que en la cuna, es la mariposa en la flor, el encanto de la casa y el porvenir de la familia, en él están hermanadas la hermosura y la inocencia, en él palpita eterna el alma maternal.

Qué mas quereis, cuando en los brazos de su madre sonrie radiante de vida, y con indescriptible ternura llena su rostro de besos, en aquel momento la muger

más católica falta al primer mandamiento de la ley de Dios.

Y no obstante, entre la cuna adorable, donde reposa tanta dicha, y la madre saturada de sentimiento y amor intensísimo, se coloca la ignorancia bajo la forma de un hombre que representa ante el vulgo una farsa inícuca, el curandero, ó bien bajo el halagador aspecto de comadre, que por haber visto morir muchos niños, cree conocer sus enfermedades, la *curiosa*, y hé aquí, cómo desde aquel instante, el niño va cayendo hácia la tumba y la madre á la desesperacion.

Empieza el niño á sonreir por primera vez y entre sus sonrosados lábios vé la madre las delicias de un eden inconcebible y siente algo inesplicable que estremece su corazon de sentimientos divinos y hace estallar su boca en besos de una locura sublime.

Un dia palidece su hijo; en vez de sonreir llora; el pecho, que horas antes con tanta avidez buscaba, le ofende, queman sus carnes, se abulta su vientre y no hace ninguna deposicion.

La madre atribulada, cuenta á su vecina lo que pasa al niño.

—No te apures, le dice aquella, son las lombrices, y le indica una porcion de re-

medios caseros, que la madre se apresura á poner en práctica, y aquel débil organismo, sometido á un tratamiento intempestivo y perjudicial! enflaquece, aumenta su temperatura, llega la postracion y muchas veces la muerte.

¡Dios mío! tal vez aquella simple indigestion, producida por un poco de leche, que algo alterada absorbió del pecho de su madre, hubiera desaparecido en poco tiempo, con un ligero purgante ó una suave cala, con que aquella madre, en vez de á su vecina, hubiera llamado á un facultativo.

Otras veces llaman al médico, pero muy tarde, cuando ya el *curandero* ó la *curiosa*, dieron su fallo y fundaron su parecer y dispuesta la madre á no transigir con otro diagnóstico, así clama al médico:

—No lo dude Vd., doctor, son las lombrices, las lombrices que ahogan á mi niño, y se morirá, porque nada se ha conseguido con los ajos aplicados á su garganta, ni el ápio á su pecho, ni la *hortelana*, (yerba-buena), de la que ha tomado porcion de tazas, y que bien á tiempo le ha ordenado la tia Tomasa; nada, nada, toda la noche tose, le pican en la garganta, le ahogan, me lo indica el pobre-

cito con sus manitas, y mire V. qué pálido, qué ansiedad para respirar, qué calentura, su cuerpo arde, no se puede dormir con él; ¿no habrá un medio para que arroje esas lombrices? Mire Vd. si se podrá hacer alguna untura buena para calmarle, porque las medicinas de la botica serán demasiado fuertes y acabarán con mi hijo.

¡Cuántas consultas como esta! qué afán, en muchas madres, de atribuir la mayor parte de las enfermedades de sus niños, á las lombrices. ¡Pobres niños! cuántos he visto tendidos en su cuna, teniendo ante sí la fosa ya casi abierta, abierta imprudentemente por su dolorida madre, que guiada por las indicaciones de alguna *curiosa*, y con la terrible fé de la ignorancia, contribuye á asfixiar á su pobre hijo, que víctima, tal vez, de una bronquitis capilar y pidiendo con los movimientos de sus manos y la ansiedad de su boca, aire, un aire puro, infestan el poco que hay en la habitacion con repugnantes olores como el de la yerba-buena, ápio y ajos, y aumentan el calor de su cuerpo y trastornan el cerebro de aquel débil ser, con brebajes indigestos y hasta venenosos.

El mas ligero catarro ó la mas grave

bronquitis, una sencilla indigestion ó peligroso cólico, todos son afecciones que indistintamente atribuyen á los vermes intestinales; si hay tos, son las lombrices que pican en la garganta, si se queja el niño del vientre, las lombrices que perforan el intestino, y en todas las edades es lo mismo, niños de cuatro y cinco meses ya los someten á tratamientos caseros que creen antihelmínticos y que pocas veces son inofensivos.

Cuántos trastornos despues en las digestiones, cuánta tuberculosis incipiente por erróneos diagnósticos, cuántos raquíticos que debieran ser robustos niños, qué multitud de seres arrojados de los amantes brazos de sus madres á la fria y destructora tierra por una ignorancia imperdonable, tal vez criminal.

Desconsoladoras son para la ciencia, estas reflexiones y de una realidad tan amarga como la verdad misma.

No se desvanecen, por lo tanto, con la facilidad que parece, estos errores populares, tienen hondas raices y fanáticos propagandistas, siendo difícil hacer comprender á las madres, sobre todo á madres que la misma ignorancia hace superstitiosas, que llevando sus hijos al médico y empleando un tratamiento apro-

piado y racional, podrian librar sus hijos de una muerte, casi siempre inevitable á última hora.

Estas desgraciadas madres, tienen siempre la misma disculpa: vino á casa, dicen, fulano de tal, el *curandero*, ó zutana, la *curiosa* y dijo que no habia necesidad de llamar al médico, que el niño tenía lombrices y hasta no calmárselas no mejoraría y para eso nada tan bueno como tal yerba ó tal brebaje, y así se diagnostica y trata su enfermedad, así convencen á las crédulas madres y las entretienen hasta que, ó empobrecen el organismo del inocente niño, ó si este es débil, le entregan á la muerte, pues hasta le privan del único y mejor alimento para su cuerpo como es la leche, bajo el pretesto de que la leche es la principal causa de las lombrices.

He observado que los niños que con mas frecuencia están sometidos por el vulgo á tratamientos antihelmínticos son los niños durante la lactancia, casi desde que nacen hasta el año y medio ó dos años precisamente cuando no existen las lombrices, cuando las afecciones de los niños son mas bien debidas á las alteraciones de la madre que con la leche de sus pechos les dá la vida y con el calor de su

cuerpo les presta abrigo, leche y calor que imprudentemente apropiados, puede causarles la muerte por asfixia en el mismo lecho, ó por súbita alteracion del organismo en los mismos brazos de la que le dió el ser. (1)

Las madres que lean estas líneas, si es que alguna por indicacion del epígrafe fija su atencion en ellas, que no crean que intentamos negar la existencia de los vermes intestinales, ¡como negarlo! ni tampoco dudamos que las lombrices sean causa y hasta enfermedad de las menos frecuentes en los niños, nada de eso, tal vez por lo mismo escribimos estos apuntes; lo que si negamos, es que produzcan alteracion alguna en los niños antes del destete, es que puedan producir la muerte con la frecuencia que estamos observando todos los dias, es que puedan ser la causa de todas las afecciones de los bronquios, pulmones é intestinos, enfermedades que solo reconocen por causa,

(1) Nada mas pernicioso que acostar los niños en la cama con su madre, pues respiran un aire mal sano y están espuestos á perecer asfixiados á un brusco movimiento de ésta, y mas pernicioso aun, dar el pecho al niño despues de una emocion fuerte ó impresion desagradable porque se altera la leche, hasta el punto de poder producir una muerte instantánea.

imprudencias en la exageracion del abrigo, en el abandono respecto á la frialdad y humedad de la atmósfera y á multitud de golosinas y alimentos poco en armonia con las vias digestivas de los niños.

No niego que las lombrices puedan emigrar dentro del organismo y perforar el intestino y aun formar accesos verminosos colocando al niño en situacion muy grave, ni niego á algunas madres el que puedan apreciar, en algunas ocasiones, que los trastornos que alteran la salud de sus hijos, reconozcan por causa la presencia de lombrices en el tubo digestivo; lo que si les niego es el derecho á tratarlas, sobre todo, con unturas y brebajes que trastornan completamente al pobre niño.

Podrá la inteligente madre delatar la presencia de los vermes en su hijo, si expulsó este uno ó varios y si sabe apreciar los síntomas más frecuentes en este estado, como son: la comezon de la nariz y del ano, las hemorragias nasales, la oscuridad de las ojeras, el tinte casi aplomado de las mejillas, el estravismo, la extraña mirada que dá la dilatacion de la pupila, la constriccion de la faringe, la abundancia de saliva, lo abultado del vientre, los pinchazos en éste, la diarrea sero-mucosa, el olor *sui generis* de las de-

posiciones, las orinas turbias y pálidas, la inquietud, el sueño intranquilo, los sobresaltos, las convulsiones, aquel abatimiento melancólico general, que nos recuerda esas plantas, que insensiblemente mustias languidecen, cuando implacable gusano roe sus raíces, y en fin, la tos; y á propósito he dejado para lo último la tós, ya sea pertinaz, seca, fatigosa ó convulsiva, podrá ser síntoma de lombrices, pero pocas veces, por lo que debemos en primer lugar examinar detenidamente los órganos respiratorios, fijarnos menos en la region abdominal y mucho menos intentar tratamiento alguno para las vias digestivas que están normales y vamos á trastornar, dejando en cambio libre el campo á la afeccion respiratoria, que avanza resuelta, tal vez ayudada por los intempestivos remedios antihelmínticos, y arrebatada en pocos dias la vida del niño.

Renuncien, pues, las madres á todo tratamiento en sus hijos enfermos, sin previa consulta con su médico, que haciendo este su diagnóstico, si resulta ser la enfermedad del niño originada por las lombrices, tratamiento eficaz y sencillo tiene la medicina para combatirlas, con solo recurrir á una buena higiene y adecuado régimen de alimentacion prohi-

biendo el abuso de los farináceos, las legumbres acuosas, sustancias amiláceas como la patata y arroz, la carne mal cocida, las frutas sobre todo verdes, y dar en cambio al niño, un poco de vino á las comidas, el agua de hierro y administrarles, á dosis prudentes, la santonina, los calomelanos, algun purgante ligero, el aceite ricino, alguna lavativa ó supositorio rectal y otra porcion de vermífugos que ningun peligro ofrecen para el niño, y con ellos se consigue la expulsion de los molestos huéspedes, causa de los trastornos nerviosos y digestivos que puedan alterar su salud, pudiendo poco despues la atribulada madre, recrearse con esas sonrisas y besos que constituyen los encantos inefables y los goces sin fin de los niños saños y robustos.

El niño en la montaña.

Baños el sol con esplendidez las cumbres y el valle, el aire es templado y oxigenado, las aguas frescas y ricas y las leches contienen mucha manteca y tienen el aroma de las praderas en que brota el tomillo y la violeta.

En estas condiciones, la nutrición debiera ser completa, la vida exuberante y la existencia alegre.

Y no es así.

Los he visto muchas veces, y otras tantas apenaron mi ánimo y preocuparon por algún tiempo mi pensamiento.

Tendidos sobre mugrientos lechos, minados por la anemia y corroídos por la escrófula, en aquellas habitaciones lóbregas y oscuras, donde las paredes

chorrean agua y el ambiente está saturado de miasmas y fetidez, viven y duermen con el sueño prematuro de la muerte, multitud de niños, que el aire puro de las montañas y la luz fecundante de aquel limpio cielo, debieran hacer naturalezas hercúleas y hombres inteligentes.

Entre los variados y caprichosos tonos que dá la naturaleza á estos valles y sus laderas, es la nota disonante la falta de pulcritud y aseo en las viviendas; confundidos muchas veces la habitacion destinada para descanso del hombre y el local destinado para los animales, se reciben en aquella las miasmáticas emanaciones de este, y sirven de entrada á tales viviendas, el esccremento de los establos y los residuos del hogar.

Estas casas son por lo general reducidas, con ventanas muy pequeñas y puertas muy bajas, de ahí que ni la luz las ilumina ni el aire las refresca; además, están arrimadas casi siempre á la montaña, metidas por ella, de modo que reciben en sus paredes posterior y laterales el agua de las vertientes, resultando húmedas é insalubres; despues, no siempre estan situadas mirando al medio dia, así que, muchas de ellas situadas en las laderas que no baña el sol y las azota un

aire mas frio y húmedo, con esa humedad que empapa la atmósfera, no son habitables, porque sin sol ni aire, no hay lozania, ni vigor, ni inteligencia, ni vida.

Estas humildes viviendas solo tienen, en general, dos habitaciones, la cocina desmantelada y fria y el dormitorio comun, negro casi siempre por el humo de la próxima cocina y casi sin luz; allí duerme toda la familia, aunque sea numerosa, allí, confundidos, hacinados; ese modo de ser, le coniena la moral, le reprueba la higiene, le repele la salud.

Los seres así criados son débiles, linfáticos, anémicos, no pueden tener energias para el trabajo, ni sangre para la patria, ni dichas para el hogar.

Hay que llevar la higiene á la montaña, es necesario trabajar sin tregua por todas las personas ilustradas, hasta conseguir que desaparezcan esos mil errores populares, causa, en gran parte, del enervamiento y pérdida de nuestra juventud; es poco llevar la higiene al cuerpo y al medio en que se vive, hay que llevarla tambien al alma, para que se apodere de las costumbres y reine en el seno de las familias.

Empiezan las madres por reunir las

dos miserias, la fisiológica y la de su posición, así que, lactan á sus hijos cuando su leche no reúne las condiciones necesarias de nutrición, ni observan una sola regla para que esta sea absorbida por el niño oportunamente; dan el pecho al niño á capricho y á horas intempestivas, creen que se muere de frío y le tienen toda la noche en su mismo lecho, al siguiente día van al trabajo, no vuelven hasta la noche y es el niño alimentado con sopas y manteca, huevos y azúcar, (1) ¡qué error tan grande! con la creencia de que la leche, en estos valles tan rica, es flemosa y causa de lombrices, la dan muy pocas veces á sus hijos; también la avaricia algunas veces y otras muchas la necesidad de arbitrar recursos para otras apremiantes atenciones, es causa, que nuestros campesinos aprovechen toda la leche para hacer manteca y solo reserven para su alimento el suero de aquella que no tiene venta en el mercado.

Esta defectuosa é intempestiva alimen-

(1) La madre y el niño deben tener la habitación independiente con mucha luz y ventilación, y el niño debe dormir solito en su cuna, y durante los primeros meses de su vida y hasta después de la dentición, en buena higiene, no debe tomar otro alimento que la leche ya sea humana ó animal.

tacion, produce funestes resultados; las indigestiones, las gastro-enteritis, esas diarreas coleriformes que ya desde los primeros cuatro ó cinco meses, atribuyen las madres á la denticion, por cuyo motivo no las curan, pues crecian, de hacerlo así, que se suspenderia el brote de los primeros dientes y ocasionaria la muerte del niño; por eso nos los presentan despues de larga y pertinaz disenteria, con el vientre inflamado, flácidas y frias las extremidades, contraidos y secos los labios y cadavérico el rostro y aun así, oponen mas de una vez resistencia á la curacion del inocente ser, por creer aquellos síntomas propios de la denticion y en buenas condiciones, en tan lamentable estado, para el desarrollo de aquella.

Este cuadro harto frecuente en el hogar de nuestras montañas, aun tiene tintes mas sombríos, porque como el niño carece de la limpieza, en estas enfermedades tan necesaria, se hallan sus carnes en continuo contacto con el ardoroso líquido escrementicio y aquellas se inflaman, arrugan y ulceran, produciendo ayes lastimeros en el débil paciente. La aplicacion del agua, el baño frio ó templado, segun la época y circunstancias, que les seria tan conveniente, no se les

aplica, porque las madres tienen horror al agua; lavan imperfectamente la cara y parte del cuerpo del niño al nacer y nada mas, ya han de ser niños crecidos para que un dia de fiesta, les laven otra vez la cara, el cuerpo yo creo que nunca.

Por eso observamos con tanta frecuencia, oftalmias, eczemas y eritemas en la cara de los niños, sarna y costras ulcerosas en su cabeza, y supuraciones fétidas en sus oídos y otros órganos de su cuerpo; enfermedades que se abandonan, porque cree el vulgo que su limpieza ó curación podria acarrear una muerte instantánea: de ahí, tantas imperfecciones en aquellos seres, y algunas muertes prematuras.

Para el perfecto desarrollo de tantos niños linfáticos, escrofulosos y raquíticos, que son carne apropiada para el *bacillus tuberculosis* é inteligencias predispuestas á la imbecilidad, es necesaria buena higiene en sus viviendas, y una conveniente alimentación con mucho yodo y mucho aceite de hígado de bacalao, y sobre todo llevarles al mar, allí está la vida invitándoles en las ráfagas de la brisa y en las ondas del Océano.

El niño en la playa.

Es indispensable sacar el niño de este medio funesto, quitarlo al hombre, darlo á la Naturaleza, hacerle aspirar la vida en las brisas del mar.

(Michelet).

Nada tan imponente como la ola que se estrella en la roca, ni nada tan débil como el niño que se sienta en la playa; es la flor junto el huracan, es un ángel frente á un monstruo.

Pero el niño, que primero se estremece y llora, y receloso oculta su rostro en el seno de su madre, va poco á poco dominando con su inquieta mirada el vasto horizonte, percibe con agrado y hasta trata de imitar con su débil voz el murjido de las olas, y llega á mostrar su

frente risueña á la salada brisa con que el mar va á fortalecer su organismo.

Luego se aleja de su madre, se acerca al agua, y al ver cómo la ola corre hácia él, huye á toda prisa, y alegre y jugueton vuelve á su madre lleno de placer, y ya se atreve á recoger las pequeñas conchas que las olas dejan en la arena, con las que piensa obsequiar á sus hermanitos cuando al hogar vuelva.

Al otro dia determina su madre bañarle.

No es fácil el engaño; el niño vuelve al llanto y á los estremecimientos del primer dia, se agarra á su madre, grita, patalea; pero, á pesar de todo, el agua humedece su cuerpo; entónces un escalofrío parece que paraliza al niño, su rostro palidece ó adquiere un ligero tinte amoratado, su respiracion se acorta y hasta un pequeño temblor agita su mandíbula; la madre en un rasgo de sentimiento quisiera sacarle del agua y templarle al calor de su pecho; pero no, la reaccion viene pronto, el rostro del niño tórnase sereno; parece que un rayo de sol brota de sus llerosos ojos; un bienestar dulcísimo reemplaza al estremecimiento del escalofrío, y con fácil respiracion habla, siente algo agradable que

le halaga el cuerpo, y el calor de sus mejillas, el brillo de sus pupilas y la movilidad con que bate el agua con sus manecitas, revélan el placer y dicen bien claro que aquel débil organismo revive.

Dado este baño, que no debe prolongarse mucho, recibe el niño el sol vivificador que cae en la playa, y mas ágil ensancha su pecho, que aspira con vehemencia aquella aura marina que vigoriza su pulmon, que nutre su organismo, fácil despues del baño á la absorcion: y ya aquel ángel, casi hombre, mira á aquel monstruo, casi compañero, con gratitud y cariño, y juega en la playa con las ondas del mar como con los rizos de su madre en los brazos de esta.

Despues de algunos baños y paseos en la playa, estos séres débiles y enfermos entran en el mar batiendo el agua y avanzan resueltos á las olas, hallando mas tarde tan notable alivio, que comen con avidez, digieren con facilidad, duermen profundamente, y duras sus pálidas carnes, fuerte su pulmon, vigorizados sus miembros, cantan y rien, juegan y se divierten, y tornan llenos de vida á sus hogares, donde perecerían en esos largos y húmedos inviernos de las montañas si no fuera aquella hermosa playa donde

en las mañanas de estío contemplan al imponente mar que los enseña á ser intrépidos, el lejano horizonte que en el infinito se pierde y que parece ilumina su inteligencia haciéndoles concebir; aspiran aquella benéfica brisa, que como si estuviera impregnada de besos de hadas, acaricia sus pálidas mejillas, las da color y purifica su organismo pobre y enfermizo; se recrean en aquel sol, no mas poético en verdad que el de la montaña, pero que, filtrado en aquella atmósfera de vida, da mas luz á aquellos ojos apagados por la enfermedad; y en fin, se bañan en aquellas aguas que, pasadas por tan diversos terrenos minerales, saturadas por mil plantas marinas, ricas en principios iodados y en eterna agitacion, llevan en sí los elementos que han de constituir y volver á la vida á tantos seres que, debilitados por mala lactancia, larga convalecencia ó crecimiento prematuro, empobrecidos por escasa alimentacion, enfermos por vivir en sitios húmedos ó mal ventilados, ó ya engendrados en la escrófula ó hijos del linfatismo, necesitan para vivir y ser hombres de aquel aire, de aquel sol, de aquella frescura y de aquellas aguas.

Pero este tratamiento, el único sin du-

da alguna, que puede resolver el grave problema de las varias enfermedades que empobrecen y aniquilan el desarrollo orgánico de los hijos de la montaña, necesita algo mas que la iniciativa particular; los habitantes de estos valles son en su inmensa mayoría pobres y no pueden ni trasladar ni sostener á sus hijos enfermos lejos de sus viviendas, y ya que no todo el año, durante la estacion del estío, al menos, es necesario que esos débiles pacientes si han de ser algun dia miembros útiles á la sociedad, vivan y respiren por algun tiempo á orillas del mar.

Es por lo tanto de urgente necesidad, es un deber de humanidad que se impone á nuestros gobernantes, el que la iniciativa oficial se manifieste generosa dando albergue en las mas templadas playas de nuestra costa, á esa infinidad de seres que ya anémicos, escrofulosos ó raquíuticos languidecen, se deforman y mueren en las montañas.

La creacion de hospitales marinos, es la mas hermosa solucion para ese árduo problema, y la Diputacion provincial es la llamada á resolverle.

Los hospitales marinos con sus bosques de olorosos pinos, están dando brillante resultado en las apacibles playas

de Italia y Francia y son una gloria y un adelanto mas de la ciencia, en aquellas naciones florecientes que tienen el progreso por divisa.

Nuestra Diputacion provincial tiene ya ese proyecto iniciado por un inteligente médico, (1) llévele, pues, á cabo con prontitud y valentía, y contribuirá grandemente al desarrollo y vitalidad de los hijos de nuestras montañas, recibiendo en cambio, las bendiciones de mil doloridas madres que cifran su ventura en la salud de sus hijos, y los plácemes de los hombres de ciencia que al desarrollo tanto físico como intelectual de los niños, fian el porvenir de la patria.

(1) D. Plácido Builla, distinguido profesor que ha sido muchos años de la beneficencia provincial.

Estar abierto.

NOTAS CLÍNICAS.

PRIMERA.

I

La llamaban *Celesta*, y no sé por qué, pues aun no habia cumplido veinte años, tenia la gallardia de la azucena y la fragancia de la madre-selva, y debieran llamarla Celestina.

Cuando vestida de fiesta se presentaba en las romerías, que con tanta frecuencia tenian lugar durante el verano, alrededor de las blancas ermitas que coronan aquellas montañas, manantiales entonces de dichas y aromas, era la mas linda muchacha, la mas gentil bailarina.

Aquellos ojos muy negros que miraban con fijeza y melancolía y aquellos labios un poco gruesos que soureían con afabilidad y travesura, nos hacían recordar á esos tipos meridionales que parecen vierten gracia y voluptuosidad por todos los poros de su cuerpo.

Así que, nada me sorprendió su lánguida actitud aquella mañana muy temprano, que acompañada de su buena madre se presentó en mi despacho.

Un poco pálida, caída de cuerpo, descuidada en el vestir, ella, cuyos colores daban envidia á las rosas de cien hojas y que tan ceñido llevaba siempre el talle y tan arrogante el seno.

Mientras su madre con gran locuacidad y frescura me relataba la historia de la enfermedad que aquejaba á su hija, ésta pugnaba en vano por ocultar sus ojos á mis miradas y ahogaba hondos suspiros.

Cuando instada por su madre me tendió su mano derecha para que la tomase el pulso, ocultó el rostro con la otra mano, inclinó su cabeza y se notó un estremecimiento en todo su cuerpo, y al apartar con indolencia su mano de mis dedos, pareció murmurar con angustioso é imperceptible acento: Ya lo sabe todo.

Tenia razon

Desque la vi entrar en mi despacho y escuché las primeras labras de su madre, pensé como el poeta:

Aquí hay misterio.

Y habituado á esta clase de consultas, harto frecuentes en las jóvenes de estas montañas, me mostré lo mas afable posible para inspirarle mayor confianza.

¿Tendrá la paletilla en bajo? me preguntaba su madre con notable ingenuidad.

—No, madre, respondió ella, los vómitos y el dolor de estómago que tanto me molestan, son producidos por la sangre que se sube á la garganta y quiere ahogarme, todos dicen que no mejoraré hasta que no me sangren. (1)

—No hagas caso de la gente, reponia la madre, el señor hará lo que te conveniga y alguna medicina habrá para calmar tu malestar.

—Piensa V. bien, repuse yo, lleve esta receta y despues..... vuelva otro dia, ya mejorará.

(1) Las curiosas recomiendan con gran eficacia la sangría para anular un embarazo en los primeros meses; por esa circunstancia es muy solicitada la sangría por algunas jóvenes.

Celestina movió la cabeza con incertidumbre y no salió satisfecha.

II

Algun tiempo despues, visitando un pequeño pueblo situado en las frondosas riberas del Nalon, fui saludado con afectuosidad, por una mujer, que sentada en el dintel de la puerta de una modesta vivienda, mondaba patatas con pasmosa habilidad.

—¿Y *Celesta*? la pregunté.

—¡Ah! señor, ya está muy mejorada, me contestó con vivacidad.

Y poniéndose en pié se acercó á mi caballo, estiró su cabeza, y me dijo muy bajo:

—Usted no la entendió el mal, estaba abierta, dos dedos, señor, dos dedos tenía abierta el arca del cuerpo.

—¿Y entonces?

—La apretó el tío *Lín* y la ciñó bien, ya no tiene ni vómitos ni dolor alguno.

—Bueno, bueno, dije yo, y me alejé murmurando.

—¡Abierta!.... abierta si, pero.... ya me enteraré yo qué es eso de estar abierta.

III

La macilenta luz de un candil luchaba en vano por disipar la oscuridad que invadía aquella negra y desmantelada habitacion que llamaban cocina; sobre el suelo y en apartado rincon de la fúnebre estancia, ardian unos leños, y en el centro, atada á la vieja viga que sostenia el techo, se veía una gruesa cuerda á cuyo extremo inferior se asía, de cuando en cuando, una mujer, con tal violencia, que hacía crujir la viga y retorcerse el cordel.

Aquella infeliz tenia el rostro sudoroso y amoratado, la mirada ansiosa y estraviada, hinchado el cuello, convulsas las manos y sueltas y descompuestas las vestiduras, y á intervalos, mas que grito parecia ahullido el que salia de su pecho, como espresion de un intermitente y agudo dolor.

Una mujer á quien llamaban partera, rodeaba con sus desnudos brazos la cintura de aquella infeliz asida á la cuerda, y durante el dolor, hacía gran presion con sus manos entrelazadas sobre su boca del estómago, sirviéndole de punto de apoyo para hacer mas fuerza, la cabeza apoyada en su region lumbar.

Otra mujer, de las mas *curiosas* del pueblo, hacia tomar á aquella desgraciada en los intervalos del dolor, sendos tragos de vino hervido, y durante aquel, le aplicaba á la nariz una vasija de laton que contenia repugnante sain.

Allá en el fondo, iluminado á ratos por algun vago resplandor de los leños que ardian en el suelo, sollozaba, murmurando oraciones, una mujer que no me era desconocida; la madre de Celestina.

Aparté de la áspera cuerda á aquella desgraciada que apenas podia tenerse en pié, y en la que conocí á nuestra historiada, é improvisando un lecho la recostamos en él, suprimiendo el vino que ya habia trastornado su cerebro y retirando aquella sucia vasija que ninguna indicacion llenaba.

Poco despues vino al mundo un nuevo ser.

Cuando la parturienta reposaba tranquila en su lecho y la llamada partera refunfuñaba porque habia condenado su bárbaro procedimiento, me acerqué á la cándida madre, que aun rezando junto al fuego dudaba de lo que veia, y la pregunté:

Era esto á loque el tío *Lin* llamaba estar abierta?

Cá! señor, me engañaron.
Y salí de aquella casa exclamando:
¡A qué llaman, pues, estar abierto!



Segunda.

Estaba la mañana lluviosa y muy fría; para el pobre médico rural ni los elementos tienen compasión.

Allá, muy lejos, al otro lado del nebuloso horizonte, en el alto de la montaña, sentado en la cumbre y mirando al sol naciente, hay un pueblo pequeño y alegre, desnudo y sencillo, parece un niño jugando placentero con los cambiantes de la luz.

Un hombre se asfixiaba por momento y era preciso auxiliarle.

Emprendí el tortuoso sendero, llegué á la cima y entré en una modesta morada.

Recostado en revuelto lecho, congestionado el rostro, hinchado el lábio y angustiosa la mirada, aparecía un jóven

como de 25 años, de temperamento linfático, y buena constitucion, el cual apenas podia respirar y revelaba en todo su ser una ansiedad extraordinaria

—¿Qué ocurre? pregunté al atravesar el dintel de la pueria.

—Señor, contestóme un pobre viejo saliéndome al encuentro, que este muchacho que veis en la cama estaba abierto.

—Cómo abierto! repuse yo.

—Pues abierto. sostuvo el viejecito con gran firmeza y descaro, sin duda hizo algun esfuerzo, ó levantó algun peso, que se abrió lo menos una pulgada, ¡si hubiera V. oído anoche cuando le apreté el cuerpo, cómo restallaban sus huesos!

—Es muy cierto, dijeron á un tiempo varias mujeres que rodeaban la cama del enfermo.

—Y cómo apreció V. su abertura?

—Por la medicion, señor, le eché de espaldas sobre el suelo, levanté sus brazos á pulso, uní sus manos y algo mas de una pulgada faltó á los dedos de la mano derecha para igualarse con los de la izquierda; pero ahora ya creo se igualarán.

—Qué mas ha hecho V? insistí yo

—Le apliqué á la espalda y boca del

estómago, dos pedazos de cuero cortados de un pellejo que contenia buen vino blanco de la Nava y le fajé despues perfectamente, tanto que ya no siente un solo dolor, y á buen seguro que le parará en el cuerpo cuanto tome, cuando antes todo lo vomitaba: yo he curado muchos, pero tan abiertos como este joven no he visto ninguno; los ahogos y marcos que ahora siente son debidos á los humores que se han alterado, pero se calmarán enseguida, con una gallina que se va á hervir á fuego lento con vino blanco superior, para que la coma durante el dia.

—Cá! hombre cá! clamaba el enfermo casi asfixiado, yo no puedo tomar nada, yo me ahogo, no puedo mas, quitadme esto.

Y dirigiendo hácia mi sus ojos congestionados y suplicantes, me indicaba con el ademan de sus manos sobre el pecho, que le arrancase la faja que oprimia su cuerpo.

Asi lo hice, y buen trabajo cos'ó separar de las carnes aquellos cueros negros, peludos y embadurnados de pez.

Poco despues, aspiraba grandes bocanadas de aire y sonreia como si acabase de recobrar la vida.

Preguntándole yo por los anteceden-

tes y síntomas de su enfermedad, me contestó que debido á un enfriamiento, hacia dias le aquejaban dolores de cabeza y espalda, náuseas y vómitos.

Aquel dia se cubrió su cuerpo de ligero sudor, durmió tranquilamente la noche inmediata y al otro dia se purgó.

Mas tarde, contaba con cierto gracejo á sus vecinos, el apuro en que se había visto con los cueros de vino pegados á sus carnes y lo que hubiera sido de él si llegan á hacerle tragar la gallina hervida en vino blanco superior.

Tercera.

Visitaba desde hacía dias á una señora muy respetable, mas por sus virtudes que por sus años, si bien ya contaría muy cerca de los sesenta; era de excelente constitucion y temperamento linfático, toda bondad y ternura.

Convaleciente de una fiebre catarral, se quejaba de dolores vagos en la espalda y region lumbar.

Su estado general era ya muy satisfactorio, pero aquellos dolores aun no habian desaparecido completamente y en una de las visitas, me dijo con cariñosa ingenuidad:

—Siento, amigo mio, además de los dolores, gran decaimiento de cuerpo y paréceme que estoy abierta.

—Pero, señora, que es eso de estar abierta?

—No sé, me repuso con franca sonrisa, lo he oído muchas veces, y aseguran que mientras no se bizme o apriete el cuerpo no se mejora.

No hubo necesidad de bizma ni de apretón.

A los dos días, en completo estado de salud, celebraba con sus amigas la ocurrencia que había tenido de pensar que estaba abierta.

¿Qué es, pues, estar abierto?

Parecen á primera vista ser unos mismos los datos etiológicos y los síntomas de esta enfermedad y los de *la paletilla en bajo*, como son los esfuerzos, las caídas, los dolores de espalda y estómago, los vómitos y las náuseas etc; no obstante, el vulgo hace muy bien su diagnóstico diferencial.

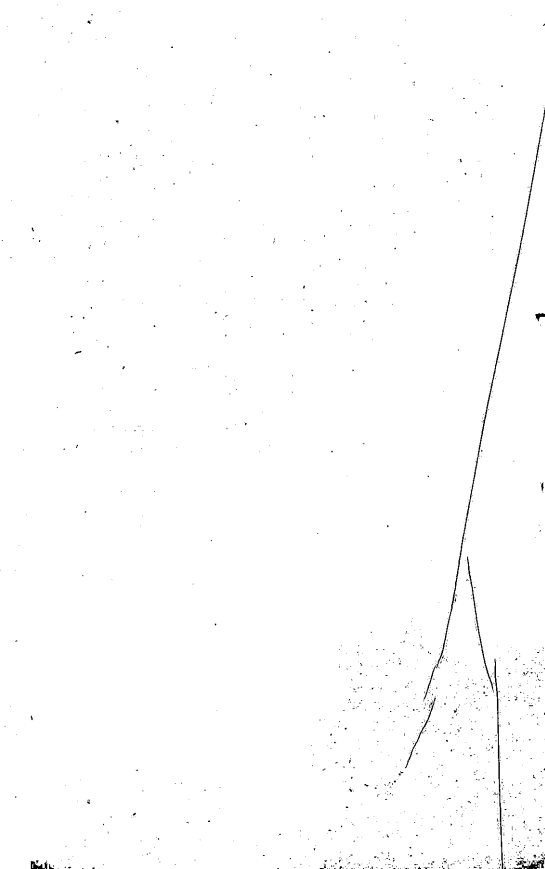
El *estar abierto* comprende todas las edades, pues hasta lo atribuyen á niños de pocos años, y es propio de ambos sexos, mientras que *la paletilla en bajo* solo la atribuyen á la juventud y muy rara vez al hombre; sobre todo, es propia de la joven púber, cuando la niña se trasfigura en voluptuoso ser de singular belleza; en esa edad en que como dice Michelet, «de improvísó se le tiñen de púr-

pura las mejillas, túrbansele los hermosos ojos é hínchasele el seno á impulsos de una oleada de vida.»

La paletilla toma carácter crónico y generalmente termina por la consuncion y la muerte, y el *estar abierto* se cura con facilidad merced al apretón, la bisma y buenos alimentos.

Esto es, el *estar abierto* reconoce como causa un enfriamiento ó una afección reumática; *la paletilla en bajo*, se presenta con la pubertad y como síntoma primordial de la tisis.

El pronóstico de los *abiertos* es favorable, el de *la paletilla* es casi siempre mortal; se cura con tierra de iglesia, como sentenciosamente dicen los curanderos.



El Saludador.

Así le llaman las gentes; por tal le aclaman muchos enfermos de estas montañas.

Le he visto ro hace aún muchos dias y pasarán algunos mas antes que desaparezca de mi pensamiento la triste impresion en mi producida por aquel enfermizo ser, al que no era fácil datase el cielo de tanta virtud y sabiduría, habiéndole negado la naturaleza todas las gracias de la robustez y todas las dichas de la salud.

En la parte mas estrecha y agreste de aquel hermoso valle, que fertiliza el rio Aller, al otro lado de aquel sitio, que sin duda por lo abrupto de su situacion se denomina *Entre-peñas*, en la ladera derecha, allí, oculto por unos cerezos que

entonces ostentaban blancas y numerosas flores, haciendo raro contraste con la exuberante vegetacion de aquella montaña, se vé un humilde lugar, que tal vez por la circunstancia de hallarse así oculto y sombrío, se le conoce con el nombre de *Las Cuevas*.

Un sencillo campesino, con mas curiosidad que sorpresa, nos condujo por tortuoso y pendiente sendero á aquel caserío tan visitado desde hacía meses por enfermos de lejanos concejos, que acudían en peregrinacion á buscar la salud y la vida en los residuos orgánicos de un desgraciado niño que anémico y raquítico se desarrollaba imperfectamente en mísera vivienda de aquel escondido pueblo.

Al pisar los humbrales de la casa, ví destacarse del fondo oscuro de la pequeña estancia una mujer, con un niño en brazos, que se adelantó hácia mí diciendo:

—Desea Vd. ver al niño?

—Sí, le contesté, tendría mucho gusto en ello.

Y para que yo mejor le contemplase, se sentó en el dintel de la puerta que formaba un pequeño escalon, y á la clara luz de un dia primavera! pude examinar aquellos dos seres.

* * *

Felisa, que así se llama la madre, es una mujer de cuarenta años de edad, de constitucion deteriorada y que no debió carecer de belleza en su juventud, pues aun conserva facciones delicadas y rasgos atrevidos de seductora gracia; por lo demás, es un tipo vulgar, carece de instruccion, viste con descuido y poco aseo, revelando una existencia de privaciones y trabajos; está casada por segunda vez y lacta al séptimo de sus hijos llamado Eugenio, que es el *salvador*.

Este tiene treinta meses de edad, es de pobre constitución anémico, rubio, y tiene un hoyuelo en su barba, única gracia de su fisonomía. pues su dentadura es incompleta y desigual, su color pálido, su cuello corto y el vientre abultado, aun no se tiene en pie y solo pronuncia alguna palabra muy defectuosamente, está muy mimado y sopla con frecuencia, que es una de sus mejores virtudes.

La falta de ropas y poca pulcritud en las que envolvian su cuerpo, revelaban el abandono y la pobre posicion de sus padres.

Lo primero que se apresuró á enseñarnos la solícita madre, fué la bóveda del paladar y la lengua de su hijo, allí estaban las señales infalibles que le procla-

maban como *saludador*; una rugosidad de la mucosa palatina en forma trasversal sobre la línea blanquecina de la union de los dos maxilares superiores, simulando una cruz, y unas líneas ó cortes semicirculares en la lengua, que eran las letras misteriosas que debian revelar todas las virtudes de su porvenir, todas las grandezas de su destino.

—¿Que dicen esas letras? pregunté yo.

—Dios, me contestó ella, con tono sentencioso.

Grave, y sin pronunciar una palabra, permanecía junto á mí un apreciable amigo é ilustrado abogado, que galantemente me habia acompañado á aquel extraño lugar

Supliqué á aquella crédula mujer nos contase la historia y antecedentes del niño, el origen de su virtud y los atributos de su gracia.

Y con entusiasta y fácil palabra y exagerados gestos, así se expresó:

* * *

Era en esta misma época del año, ya el sol aparecia muy de mañana en el próximo cerro y ya el gilguero cantaba sus alegrías en esos cerezos, que como ahora blanqueaban con sus primeras flores.

Empecé á sentir hondas tristezas y extrañas preocupaciones, buscaba por instinto la soledad, y al mismo tiempo, hacíame huir de ella una melancolía tan intensa que aprisionaba todo mi espíritu.

En esta situación de ánimo pasé todo el verano, mi esposo estaba, desde hacia tiempo, enfermo y yo me hallaba en el sexto mes de mi último embarazo; un día, no le olvidaré mientras viva, el ventiuono de Setiembre, día de San Mateo, sentí agitarse el nuevo ser en mis entrañas y le oí llorar perfectamente.

¡Dios mío, que noches tan largas y que días tan tristes!

En aquel primer llanto del ser, que aun le faltaba mucho tiempo para ver la luz del día, parecióme adivinar, sería el anuncio de la muerte de mi esposo enfermo.

Quiso el cielo que no fuese así, y algun tiempo después, un tanto aliviada de mis preocupaciones, el día once de Diciembre del mismo año, hallándome á la orilla del río lavando ropa blanca en union de otra vecina, oí por segunda vez llorar al niño que bullia en mi vientre.

Entonces lo comprendí todo, y me alejé con rapidez de mi compañera, antes que percibiese aquel gemido que revelaba un gran secreto.



La repeticion de aquel llanto ya no ofrecia duda que constituía un misterio y por eso me alejé de la compañera, porque la revelacion de aquel solo hecho podia ser causa de que el futuro *salvador* perdiese su *gracia* ó la mitad de ella, como sucedido habia, hacia ya muchos años, al renombrado *salvador* de Serapio, hombre ya viejo y sordo que habia muerto mucho antes que mi madre, pero del cual me contaba ésta, que curaba todos los males y morian con seguridad aquellos que él desauciaba, no obstante tener solo media *gracia*, pues habia perdido la otra mitad por haber revelado la autora de sus dias. las señales misteriosas de la concepcion mucho antes de darle á luz.

La noche inmediata al dia en que le oí llorar por segunda vez, nació este niño, causa de todas mis tribulaciones.

El parto fué el mas rápido y feliz que he tenido.

Mi ansiedad por quedarme á solas con mi hijo era extraordinaria, una inefable dicha embargaba mi alma y parecíame adivinar el secreto de aquella existencia.

Al tercero dia examiné minuciosamente á mi hijo y pude contemplar la redentora cruz grabada en el cielo de su boca y las misteriosas letras escritas en su lengua.

Dominando mi alegría, aun oculté por algun tiempo mi secreto, no queria que por una imprudencia mia se torciese el feliz porvenir de mi hijo.

Por fin lo manifesté á una amiga mia que admirada de mi revelacion me aconsejó llevase el niño al señor cura, para que anunciase el misterio en los Boletines.

Así lo hice; pero el prudente párroco no creyó oportuno dar tan pronto publicidad al hecho y me aconsejó esperar á que el niño hablase, cuidándole entre tanto con asiduidad y esmero.

Pero el misterio se divulgó con rapidéz, el nombre del *saludador* corrió de boca en boca y pronto se observaron notables curaciones entre los pacientes que aquí acudieron.

Yo misma, que desde hacia muchos años estaba abierta, curé con solo aplicar sobre mis espaldas, en las que tenia fuertes y continuos dolores, un paño empapado en la orina del niño.

De los pueblos inmediatos, y aun de concejos lejanos, acuden con frecuencia enfermos con diversas clases de dolencias, y todos reciben alivio en sus padecimientos.

Con solo soplar cura el niño heridas y llagas, con su saliva sanan las enferme-

dades de los ojos, con la leche que fluye de mis pechos al desprender el niño su boca de ellos, se quita el dolor de cabeza y con sus orinas aplicadas en paños desaparece toda clase de dolores por antiguos y rebeldes que sean.

Aquí interrumpió su relato aquella locuaz mujer y animada y sonriente levantó al niño en sus brazos y me lo mostró con aire de triunfo.

Mujeres y niños de las casas inmediatas se habían agrupado á nuestro lado, y al terminar Felisa su relato, todos tomaron la palabra para ensalzar las virtudes y gracias del *salvador*.

—Sopla, Eugenio, sopla, decia una linda muchacha, aproximando su mano derecha á la boca del niño.

Este hizo un gesto de desagrado.

—Porque no tengo nada, que de tener alguna llaga, á buen seguro soplaría, dijo la jóven mostrándome lo intacto de su mano.

Dimos por terminada nuestra visita, y cuando ya montados en nuestros caballos íbamos á descender por la enhiesta montaña, volví la cabeza y dije á Felisa, que aun permanecía rodeada de sus vecinas comentando, sin duda alguna, nuestra estraña presencia.

—¿Cuánto se le abona á V. por la visita al *saludador*?

—No cobro nada, señor, algunos agradecidos á sus curaciones, dejan una limosna; por lo general son pobres los que aquí vienen y el niño gana poco.

Cuando descendimos al valle, poetizaban las próximas cumbres los últimos reflejos del sol, que al perderse en lejanos horizontes, dejaba líneas de oro en el cielo y proyeccion de sombras en la tierra.

Casi rozando el suelo con sus finas alas pasaron junto á nosotros con vertiginosa rapidez dos golondrinas.

Aquellas eternas mensajeras de la luz iban tambien á visitar al *saludador*.

Los pájaros tienen simpatía hácia las ruinas y sobre ellas cantan sus endechas.

¿Qué son los saludadores si no restos de la ignorancia, supersticion y preocupaciones de edades que ya murieron?

Allá en aquellas alturas, en los elevados picos que se pierden en las brumas del espacio, hay anfractuosidades donde no cae un rayo del sol y es eterna la sombra y hay nieves perpétuas para las que no hay un soplo de calor que las funda.

Así hay pueblos en estos valles á los

que no llegó todavía un destello vivificador del progreso ni ha filtrado su atmósfera, tan saturada del oxígeno, de la vida, un solo átomo de la instrucción, de ese oxígeno de la inteligencia que á bocanadas absorben los pueblos civilizados.

Allí donde el espíritu religioso parece absorberlo todo y las costumbres patriarcales son norma de sus habitantes, hay seres á cuya inteligencia parece no ha llegado un solo destello de aquella luz divina, difundida desde el Gólgota por el sublime Mártir de la universal redención.

La inteligencia duerme en sus cerebros como duermen sus cuerpos en las deformidades de las rocas, sin ensueños de gloria ni pensamientos futuros: el día que despierten y del profundo sueño de la ignorancia surjan á la vida del progreso, que es la vida de la libertad, hallarán mas brillante el sol, mas rica la naturaleza, mas hermosa la ciencia y mas grande á Dios, al Dios único, que todo lo dirige desde el fondo azul de los cielos infinitos.

Parece haber una misteriosa relacion entre el alma y el medio en que se vive; en el fondo de los estrechos valles, que tienen muy poco cielo y muy corto

horizonte, se desarrollan seres de pequeña frente y escasa inteligencia; alejados de los grandes centros, sin fáciles vías de comunicacion, apartados de las escuelas públicas, lejos de las iglesias, se crían y viven los hombres entre multitud de errores y arraigadas supersticiones.

Es poco llevar la higiene á la montaña, como pedíamos en uno de los artículos anteriores, es preciso llevar también la instruccion; ilustrar aquellos pueblos para desarraigar de una vez tantas preocupaciones como matan en flor la inteligencia de esa juventud, que debiera tener la osadía del águila que se remonta al infinito y la diafanidad del cielo, que en los serenos días del estío, inunda los mundos de luz.

¡Cuán feliz yo, si con estas páginas consiguiera destruir uno tan solo de tantos errores como pueblan la imaginacion de los hijos de mis montañas!



EPÍLOGO.

Al tener ante mí y en blanco, las columnas de *El Porvenir de Laviana*, pensé en aquellas sábias palabras *salus populi suprema lex* y escribí algunos de los artículos que contiene este librito, por si podian ser de utilidad á los hijos de las montañas para los que aquel periódico se redactaba.

La higiene y la educacion tan necesarias para todos, pero muy especialmente para las madres y los niños, seres por su misma naturaleza mas necesitados de guia é instruccion, surgieron ante mí como oportuno recurso para conseguir aquel fin.

Por este procedimiento pensé al mismo tiempo contribuir á estirpar esos mil errores y supersticiones, que dominan la fantástica imaginacion del vulgo, y que ocupando casi siempre el primer lugar á

la cabecera de los enfermos, cuando la fiebre les consume y la muerte les acecha, son una rémora al libre ejercicio de la medicina.

De ahí el haber ideado publicar este libro que titulo con el nombre genérico y vago de ERRORES POPULARES.

Por eso no hallaría el lector en estas páginas, como parecia natural, muestras de erudicion, ni estudios de investigacion sobre el origen de los errores y supersticiones del pueblo.

Engolfado en mis propias observaciones he relatado el hecho tal cual se presentó á mi vista; condeno los errores y estudio sus víctimas; son ligeras notas clínicas tomadas al azar en distintos pueblos de una parte de Asturias.

Paracelso pudo en su siglo quemar los libros de la medicina antigua y decir que todo lo habia aprendido de la medicina popular, de las *hechiceras*, ¡ay de nosotros si tuviéramos que buscar la ciencia en los *apóstoles*, *saludadores* y *curiosas* de nuestros dias!

Las sombras en la naturaleza y en el arte prestan en mas de una ocasion realce y abrillantan la luz; los errores son siempre un obstáculo en el camino de la verdad que es el único de la ciencia.

Entre los vagos recuerdos de la niñez que flotan imperceptibles en mi mente, están unas cintas atadas á mis muñecas de las que pendían unos dibujos de azabache llamados *ciguas* y á los que se atribuía la virtud de libertar del mal de ojo.

Por eso no quisiera ofender el pasado.

Quisiera un canto de gloria para el progreso científico y una lágrima del corazón para los dulces recuerdos de la infancia.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria..	
Carta-prólogo..	1
El Alicornio.	1
La Paletilla en bajo..	9
Las lombrices.	19
El niño en la montaña..	29
El niño en la playa.	35
Estar abierto.—Notas clínicas.—Pri-	
mera.	41
Segunda.	49
Tercera.	53
El Saludador.	57
Epílogo.	69



